

San Juan Evangelista

Dos días después de la Navidad, la liturgia sitúa la fiesta de un evangelista, un testigo, quizá el representante por antonomasia de lo que debe ser un cristiano, lo que deberíamos ser cada uno de nosotros.

La primera lectura resume perfectamente el ideal de la vida cristiana: el autor de la carta quiere transmitir “lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos: la Palabra de la vida”. Juan tiene una experiencia de primera mano, ha experimentado personalmente el encuentro con Jesús y en él ha descubierto la Palabra de vida. Es algo que no se expresa fácilmente con palabras. La comprobación empírica, científica, no irá más allá de decir que el autor de este texto tuvo contacto directo con el que decía llamarse Jesús de Nazaret. Pero el evangelista supo ver más allá de las apariencias, entró más adentro de la superficie vio en él a la Palabra de vida. El gozo experimentado en ese encuentro es lo que nos quiere transmitir.

Me recuerda al tiempo en que estuve trabajando en un centro de acogida de inmigrantes africanos y a mi oficina llegaban aquellos chicos jóvenes a pedir ayuda. Por toda documentación no podían presentar más que un papel que decía algo así como “el día de autos hacia las 2 de la madrugada los policías números XX y XX encontraron con la ropa mojada y signos de estar desorientado al que dice llamarse XX y ser de nacionalidad XX. Se le trasladó inmediatamente a comisaria donde se le entrega este oficio, sin valor como documentación, se le apercibe de que dentro de 15 días deberá presentarse en el juzgado sito en la calle XX para un asunto relacionado con su expulsión y se le deja en libertad”. La cuestión es que el tal XX no era sólo uno que dice llamarse, era un ser humano, con toda la dignidad que eso conlleva.

El autor del evangelio de Juan supo ver en el que decía llamarse Jesús al Hijo de Dios, a la Palabra de vida. más allá de las apariencias. Que estos días de Navidad nos agucen a todos la vista para descubrir la presencia de Dios en el rostro de todas las personas con que nos encontremos. Para que nuestra alegría sea completa. Y la de Dios también.

Fernando Torres, cmf